

Murcia: Un mes . . . UNA peseta.
Resto de España un trimestre 3-50 Id.

Precio de la venta
5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:
SELGAS, 4.-MURCIA

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Publicidad
ANUNCIOS DE TODAS CLASES
PRECIOS SEGUN TARIFA
CORRESPONDENCIA Y GROS
DEBEN DIRIGIRSE
Al Director Gerente
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Año 11

MURCIA.-Sábado 17 de Agosto de 1907

Núm. 300



LA SEÑORA

Doña Antonia Albarracín Viruete

Ha fallecido á los 38 años de edad

Después de recibir los Santos Sacramentos

R. I. P.

Su afligido esposo D. Gervasio Cánovas López, hijos, padre D. Juan Jesús Albarracín, hermanos, hermanos políticos D. Pedro Campillo y D. Francisco Seguí, tíos, tíos políticos, primos, primos políticos y demás parientes; participan á sus amigos se sirvan asistir á su entierro y funeral que tendrán lugar el primero á las 9 del día 18 y el segundo á las 9 del día 19 en la Iglesia Parroquial de S. Bartolomé, por cuyo señalado favor les anticipan las más expresivas gracias.

Murcia 17 de Agosto de 1907.

No se reparten esquelas

Casa Mortuoria, Platería núm. 14

El duelo se despide en la Plaza de Agustinas

El «émulo» de Cristóbal Colón, ensoberbecido con sus propósitos, no contaba con la huéspeda. Ahora sabrá á qué atenerse, con respecto á la actitud adoptada por los jefes y oficiales del cuerpo. Sus reformas, probablemente, no alcanzarán á convertirse en realidad.

Menos mal que con ello se logran sus deseos, y dentro de poco no habrá Infantería de Marina. Aunque inconscientemente, ha vuelto á acertar en tal materia. Y con ello, por de contado, vá ganándose nuestro odio en busca de la consiguiente adoración NAZARIN.

ACLARACIONES

Sr. Director de EL DEMOCRATA:

Muy querido amigo: Conviene á mis deseos, aclarar públicamente los siguientes extremos:

- 1.º Que nunca tuve la honra de pertenecer á la Redacción de EL DEMOCRATA, ni ostentar su representación en acto alguno.
- 2.º Que por espesa y cariñosa voluntad de mis amigos políticos, fui el encargado de imprimir á dicho periódico el carácter propio para que fué creado, hasta que, proclamada por todos los demócratas murcianos la jefatura local de mi respetable amigo D. José Cayuela, holgó, por innecesaria, mi modesta intervención.
- 3.º Que hace muchos meses, quedé reducida mi colaboración en EL DEMOCRATA á las CRITICILLAS que, con el pseudónimo Mr. Fouet, he firmado, y que, tan condescendentemente, V. ha consentido que se publiquen.

Haciendo lo propio con estas aclaraciones, aumentará usted, señor Director, la lista de favores que hace tiempo viene concediendo á granel, á su débito y sincero amigo

q. b. s. m.
F. GONZÁLEZ AGUILAR.

CONTRA UNAS OPINIONES

No fueron bastantes para amortiguar en nuestros pechos los ardores patrióteros, derrotas pasadas y sufridos de calabros.

Todavía hay quienes en los momentos presentes, ante el conflicto hondamente grave que en Marruecos se presenta, censuran los actos del Gobierno, que justo es reconocerlo hasta el día no pueden ser más prudentes, cautelosos y plausibles; todavía hay quienes llaman contra los directores de la vida pública, porque á estas horas no tenemos en África un ejército numerosísimo; todavía hay quienes se lamentan de que en vez de andar con mesura y tiento en la represión de las insurrecciones kabiles, no lo hayamos llevado todo á sangre y fuego, enzarzándonos en una guerra costosísima y larga, que tal vez fuera origen de una conflagración europea, quizá la más terrible y desdichada de cuantas la historia nos presenta.

Y es que el instinto de censura late y germina en los españoles tal vez con más vigor que en los demás mortales. Nosotros censuramos y ¡triste condición! casi siempre censuramos lo menos censurable.

Fustiguese á los Gobiernos todos por haber desatendido y desatender hondos problemas y conflictos intestinos de suma gravedad; censúrense que cada día vaya en aumento la emigración de obreros españoles porque yermos y secos los campos, apenas si de nuestro fértil y productivo suelo, se recojen cosechas con que aplacar el hambre cada día más terrible que sienten nuestros labradores y braceros; censúrense que haya una población analfabeta numerosísima y que las escuelas españolas más bien que centros capaces é higiénicos en donde se enseña la ciencia deleitando, sean antros insanos en los que se molesta la inteligencia del niño, atrofiando su razón con esos regímenes de enseñanzas arcaicas y absurdos, que bien pudiéramos llamar memorialistas; censúrense la inmigración pasmosa de desterrados religiosos que se entronizan en todos los actos públicos y privados de los ciudadanos españoles, y que con la férrea balumba de sus hipocresías son obstáculos para el desarrollo de nuevos ideales más sinceros y más en armonía con los tiempos progresivos presentes; censúrense que una parte inmensa de lo que ingresa en la Hacienda patria, vaya á parar á manos que no ganan sus fabulosos sueldos y á aumentar y á sostener la lista

cada vez más larga de pensiones á jubilados, la mayor parte hábiles para desempeñar sus cargos en activo; censúrense que que todavía nos riga en materia penal, un Código, en el que se notan huellas de inquisitoriales procedimientos y en el que se estudia el delito, desatendiendo por completo el carácter individual de cada hecho punible y la idiosincrasia del delincuente; censúrense que las calles de nuestras ciudades se vean pobladas de viejos mendigos que inútiles para los trabajos á que en otros tiempos dedicaron sus juveniles energías, no tienen otro recurso ni otro amparo que implorar la caridad pública, sino consistentes perecer de hambre; censúrense que por sierras y llanos campeen á sus antojos sembrando el pánico y robando, descendientes de aquellos bandidos á quienes imbeciles fantasías elevaron á la categoría de héroes, y que sirvieron para que los extranjeros señalasen á España como el país del crimen y del robo; censúrense que nuestros Municipios no tengan la debida independencia para vivir y progresar conforme á sus riquezas y á la iniciativa de sus directores, y que sean por el contrario organismos dependientes de la voluntad caciquil, dispuestos más á enriquecer y á elevar á estos que á procurar por el bienestar de sus convecinos, y todas estas censuras no serán bastantes para castigar la pereza de nuestros gobernantes en la resolución satisfactoria de tan graves problemas.

Pero por lo que á la cuestión de Marruecos atañe, no merece el Gobierno sino plácemes y aplausos de todos los españoles, pues en este caso no puede ser la conducta de los ministros más prudente y más patriótica.

Intentar una aventura guerrera cuando aún no estamos curados del último descalabro; satisfacer los gastos enormes que una guerra larga lleva consigo cuando aún estamos empeñados por los que la hispano-yanki nos causó; arrancar de los campos y las fábricas lo más florido y vigoroso de nuestra juventud para llevarlo á la lucha, cuando todavía hay madres que lloran la pérdida de sus hijos, y se reses que volvieron de Cuba enfermos que aún van arrastrando la enfermedad traidora y mortal que por el hambre, los trabajos y sufrimientos adquirieran, sería, sin duda, el desacierto más grande que en el siglo XX se cometiera, y la temeridad más enorme que se realizara en estos tiempos en que la felicidad pública no consiste, como antaño, en conquistar un nuevo territorio ó en ganar una batalla; en estos tiempos en que el derecho de la fuerza va cediendo casi por completo á la fuerza del derecho; en estos tiempos en que, por fortuna, los conflictos internacionales se resuelven por la diplomacia y la razón y no á trastazo limpio, como antes se hacia; en estos tiempos en que abierto público plebiscito en Francia para consagrar la memoria de sus hombres grandes del pasado siglo, no sale triunfante el génio guerrero y valiente que dominó países y paseo victorioso sus glorias por toda la tierra, sino el humilde, el sabio, el estudioso farmacéutico que trabajando secretamente en su laboratorio descubrió que se res infinitamente pequeños, son la causa de casi la totalidad de las enfermedades que molestan al hombre.

La civilización, tan combatida y censurada por los espíritus mezquinos y reaccionarios, va dejando en todos los órdenes humanos su bienhechora influencia, y si cada día son mayores sus conquistas en la inteligencia del hombre, el que continuamente hace dos descubrimientos prodigiosos que nos maravillan y asombran, no son menores las que arranca al corazón humano, y cada día son mayores y más fuertes los lazos de amistad y respeto con que á todos uno y enlaza, substituyendo los sentimientos patrióticos por los sentimientos más nobles de amor á la humanidad.

FÉLIX DEL PUERTO

Información especial

IMPRESIONES DE AERONAUTA

El distinguido y afortunado aeronauta yanki Mr. Julián P. Thomas, ha relatado las impresiones que experimentó durante la ascensión que hizo en su globo «Nirvana». El relato es largo; de él lo más interesante lo que sigue.

Es el «Nirvana» un globo de unas quince y media varas de diámetro, con capacidad para 60.000 pies cúbicos de gas; no era un globo chico, no, aunque los hay mayores.

Dice el aeronauta que á no muy grande altura cesan los ruidos, los silbatos de los trenes, las campanas de las fábricas, las voces de la multitud; todo lo de abajo muere para el que tripula un globo, abajo queda, haciéndose más débil cada vez, hasta llegar finalmente á una paz inmensamente silenciosa, que solo pueden apreciar los que alguna vez se han separado de la tierra subiéndose en globo.

No se experimenta temor ninguno (eso le sucederá al bueno de Mr. Thomas, porque nosotros conocemos á varios sujetos que han subido en globo, y ya arriba, les han preguntado ¿Qué siente usted? Pues... el haber subido, respondieron) cuando se va perdiendo lentamente el mundo bajo los pies.

Á la altura de unos cuantos cientos de varas una sensación de tranquilidad se apodera de uno (y no de otros) y se siente una felicidad íntima que va aumentando á medida que se avanza en el espacio. La presión atmosférica que cada hombre sufre en la superficie de la Tierra va haciéndose menor con la subida del globo. Los músculos parecen más duros, el corazón late más fácilmente y hay una idea de ligereza y de libertad de movimientos que no podría ser descrita fácilmente.

Al mismo tiempo la imaginación parece que se aguza. Los sentidos son más perfectos, se piensa más rápidamente y son pensamientos más claros, más elevados (claro, la altura...). La energía nerviosa que uno gasta mientras está en el aire es enorme. Este gasto no puede ser apreciado debidamente mas que al volver á tierra. Entonces sus consecuencias se hacen bastante sensibles, y algunas duran bastante.

Una de las más extrañas sensaciones fué la que experimentó Mr. Thomas al hallarse perdido en una densa niebla en pleno espacio.

La absoluta separación que uno siente en este caso no puede suponerse en ningún otro acto humano.

En este instante la neblina hace imposible imaginarse el menor cálculo sobre la posición del globo. El aparato llamado estereoscópio indica si el aerostato va subiéndose ó bajando, pero nada puede hallarse que muestre hacia donde se va, si es hacia el Norte ó hacia el Sur, ó hacia el Oeste. Cuando uno puede ver para donde cuelga el cable de trescientos pies que sigue al globo como larga cola es cuando se sabe esta dirección, pero ¡y si el cable no es movido por el aire? En medio de la bruma el cable no se ve.

Entonces surge la idea del mar. El Océano es el peligro más grande que el aeronauta puede afrontar. Es la amenaza terrible que se presenta siempre en la imaginación, la posibilidad de ser arrojado por el viento á las olas del mar ó de un gran lago y así el aeronauta está siempre calculando su situación. Al perderse, pues, en una bruma se entrega en manos del acaso, tal vez del mar su enemigo.

No obstante, cuando se adquiere la convicción de que el agua está debajo del globo, la conformidad no tarda en abrirse camino. Thomas es un para este sentimiento al del hombre que estuviere comiendo antes de ser ajusticiado.

Pero mucho más maravilloso es la niebla ó que la belleza del país de las nubes, que parecen grandes montañas blancas flotantes en torno del globo, y aún más impresionante que la vasta extensión de la Tierra que se domina en un día de sol, en la tempestad.

Encontrarse entre rayos y relámpagos, tenerlos debajo y encima, sentir rugir el trueno en torno de uno, ver condensarse las nubes y agitarse el gas del globo como si fuera á reventar su envoltura de tela de un momento á otro, fué, dice Mr. Thomas, una terrible experiencia que soporté durante catorce horas y media... ¡horas son!

La tempestad era tan terrible, que llegaba á no causar horror. El rayo no iba en zigzag como se ve en la tierra; se condensaba en un mar de llamas azules que se extendían por todos lados hasta donde alcanzaba la vista y daban la idea exacta de algunas descripciones del infierno.

La electricidad impregnaba la atmósfera en tal grado, que los cordones del globo despedían chispas al tocarlos. El hecho de encontrarse en pleno huracán con el fuego de los rayos por todas partes, dice Thomas, me salvó de que alguno de ellos aislado fuera á herir el globo y á producir la explosión del gas y con ella mi segura muerte.

Pero el placer verdadero de un viaje en globo no se encuentra en la tempestad en la bruma (no tiene usted, señor Tho-

SOBRE UN VIAJE

En otro país que no fuese el nuestro y donde se reparase más en los asuntos que afectan á la nación entera, llamaría poderosamente la atención el viaje que está realizando el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura; pero como aquí jamás concedemos importancia á lo que la tiene en grandes cantidades, hémos desprecupados á la hora presente, sin ganas de poner á contribución el cerebro para sacar en claro lo que ocurre y dispuestos á seguir soñando como siempre. Si antes de ahora, cuando los desmanes mogrebinos no habian estallado aún y cuando nuestra situación en el imperio de Marruecos no era lo grave que va siendo, se hubiese emprendido ese viaje, la indiferencia mayor habria acompañado al famoso mallorquín, sin reparar poco ni mucho en los probables propósitos que motivaban esa excursión por el extranjero; mas hoy, por fuerza, necesariamente, buena parte de la opinión tiene que pensar en las causas que la han hecho necesario.

El Sr. Maura, por gusto, por propia conveniencia, en los momentos en que se desarrolla un conflicto de incalculables consecuencias para el porvenir, no se hubiese atrevido á abandonar la marcha del reino; para ello ha debido ser preciso una causa suficientemente poderosa, un hecho que por fuerza lo haya hecho desentender los asuntos propios de su cargo. Su estancia en Francia y Alemania, breve cual pudiera ser la de un comisionado que va á conocer la actitud de un gobierno frente á posibles acontecimientos, indica que no era el placer ni mucho menos la conveniencia propia las causas generadoras de ese viaje; de haber sido esas, seguro, segurísimo, que su estancia en ambas naciones habria sido más prolongada; el móvil hay que buscarlo en otra parte y quizás se halle, pues no puede quedar oculto por mucho tiempo. Ya sabemos que su marcha no la motivó un viaje de recreo; entonces ¿á qué causa obedeció?

La coincidencia de haberse emprendido en los momentos en que se ventila en Marruecos una cuestión importantísima, en la que nosotros debemos figurar como personajes principales, hace creer que bien pudiera ser esto la causa. Pero ¿hay razón para suponerlo? Alguna. Alemania, enredando la madeja ocultamente, mira con rencor la expansión francesa, y por este motivo hay que saber sus pensamientos con respecto á nosotros. Y en cuanto á Francia, que hace caso omiso de España en lo que guarda estrecha relación con lo acordado en la Conferencia de Algeciras, no estaba de más hacerle conocer que no es ese el camino para contar con nuestra ayuda. Y este puede ser el motivo del viaje.

Si no es algo por el estilo de lo dicho ¿á qué viene esa marcha? Maura no puede ser tan desaprensivo, que, estando en vias de agravarse la cuestión, se desentienda de lo que le impone su cargo. Más bien puede decirse que lo que hace es consecuencia del conflicto, para evitar á la nación española sorpresas desagradables y cortar todas las ocasiones que pudieran nacer de antipatía hacia otro país, evitándonos así desagradables incidentes. Desde luego que puede no ser cierta la suposición; pero entre crear que la marcha la motivó el placer y que fué á causa de una necesidad nacional, más cierto y más razonable es creer en esto último. Por lo menos, se está más cercano á la realidad.

PLUMAZOS

Ferrándiz de humor

Ferrándiz, que no se contenta con reconstruir solamente nuestra escuadra, hace todo lo posible por que los españoles le odiamos cordialmente. Sabedor—por algún almanaque sin duda—de que el odio tiene como consecuencia invariable un sentimiento á él completamente opuesto, estudia, proyecta y reforma pensando en volverse mal quisto de nosotros para ganarse inmediatamente nuestro aprecio. Como su maestro don Antonio, no se detiene ante nada y lleva á cabo lo que se propuso «in mentis», sin amedrentarse por las dificultades que le salen al paso. Desde su entrada en el ministerio se decidió á obrar como maurista en toda sazón oportuna y hasta ahora no ha hecho nada que desmienta sus propósitos.

La reorganización de la Armada, la que le preocupaba bastante al principio, no es ya para él más que una cosa bastante secundaria, si no indiferente. El trabajo que le costara «saquear» el proyecto de Cobdén de reconstitución de nuestra escuadra, con todo y ser tan poca cosa, le ha fatigado en extremo. Ya, ni siquiera se regocija pensando en el disgusto que diera á los marinos cuando se les prohibiera asistir á aquellas sesiones de Cortes en donde se ganó casi nuestra enemistad con sus absurdas disposiciones sobre la marina. Sus talentos, faltos de campo apropiado en donde desarrollarse, necesitan acabar, merced á sabias disposiciones, con lo que de marina nos queda. Es decir, necesitaban...

Nuestro buen ministro, ese ordenancista furibundo que nada encuentra bien si no lo que de él proviene, ha dado ya con la solución que le haga volver á la vida. Sus ojos grises, según dicen los periódicos de la Corte, fulguraron nuevamente como en las ocasiones más memorables de su vida; su apostura gallarda infunde pavor en quienes le ven y no reconocen en él, por desconocerle, al «émulo» de Cristóbal Colón ó de Nelson, cuando menos... En una palabra, nuestro apreciable Sr. Ferrándiz ha encontrado la manera de acabar con el cuerpo de Infantería de Marina.

Se recordarán las excusas que dió á poco de agravarse la situación en Marruecos. Para étera indudable que un cuerpo como ese, poco dable para desempeñar un airoso papel en el imperio vecino, tenía que permanecer en España para no desprestigiar al resto del ejército.

La Infantería de Marina no reunía decididamente las condiciones precisas para lanzarse á aventuras peligrosas, de difícil solución; y, mientras no se la reformase, debía conformarse con obedecer.

[Reformarla!...